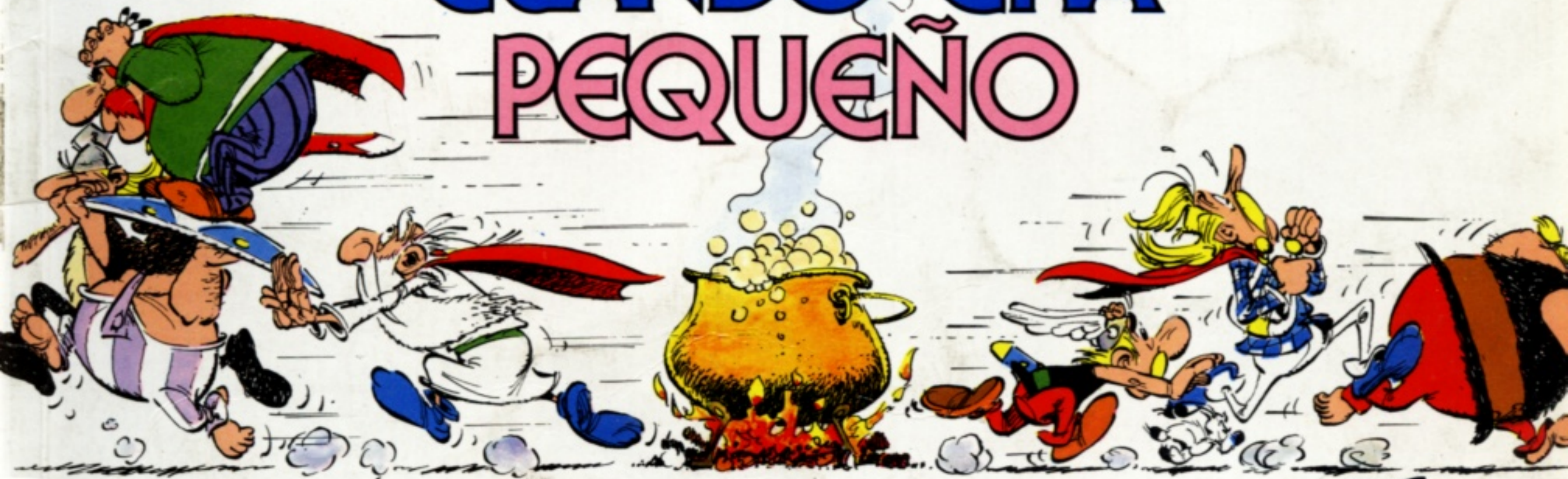


UN TEXTO DE
GOSCINNY
ILUSTRADO POR
UDERZO

CÓMO OBÉLIX SE AYÓ



EN LA MARMITA DEL DRUIDA CUANDO ERA PEQUEÑO





1966 - Los autores brindan por el futuro de Astérix.
(Foto PARIS MATCH/Picherie)

¿CÓMO OBÉLIX SE CAYÓ EN LA MARMITA DEL DRUIDA CUANDO ERA PEQUEÑO?

Esta es una pregunta que me hacen a menudo... Un relato poco conocido de Goscinny cuenta con detalle este episodio crucial de la saga de Astérix.

Este texto fue escrito en 1965, seis años después de la primera publicación de Astérix; es decir, que nuestro héroe ya tenía, más o menos, la edad que tiene en este relato.

Pensando en todos los lectores de Astérix (grandes y chicos) que no habían tenido la oportunidad de conocer esta historia, hemos tenido la idea de hacerla reaparecer en forma de álbum.

El trabajar sobre un texto de mi entrañable amigo René Goscinny me ha causado una gran emoción, una cierta nostalgia y, sobre todo, me ha divertido mucho.

Ahora sólo deseo una cosa: que los lectores lo pasen tan bien leyéndolo como yo ilustrándolo.

- UDERZO -

CÓMO OBÉLIX SE AYÓ



EN LA MARMITA DEL DRUIDA CUANDO ERA PEQUEÑO

TEXTO DE RENÉ GOSCINNY
ILUSTRACIONES Y PIES DE PÁGINA DE ALBERT UDERZO
COLORES DE THIERRY MÉBARKI
CONCEPCIÓN GRÁFICA DE ALBERT UDERZO
Y CRAPULE PRODUCTIONS!



ediciones junior s.a.

grupo grijalbo - mondadori

barcelona



- "¡Cuando seas mayor, hijo mío, tú también serás un guerrero fuerte y valiente como papá!" -

Yo nací en la aldea de Armórica que os he descrito tantas veces. Allí di mis primeros pasos, allí crecí; bueno, a decir verdad, no mucho. Siempre he sido bajo, como lo era mi padre y como lo era mi madre.

Mi madre era muy bonita, pero tan pequeña que mi padre, sonriendo cariñosamente, le llamaba “mi ratoncita”. Mi madre hacía ver que se enfadaba, pero luego también sonreía y nos preparaba su especialidad: jabalí asado.

Éramos muy felices. Y nuestros vecinos también.

Yo tenía muchos amigos: Asegurancéturix, que quería ser bardo (y desgraciadamente lo ha conseguido), Esautomátix (cuyo padre nos hacía las armas), y muchos otros, de los cuales ya os he hablado. Pero mi mejor amigo era mi vecino Obélix, el hijo del tallista (del tallista de menhires, se entiende).

Obélix ya era un niño gordo, muy comilón, muy simpático y muy sensible. Pero, sé que esto os sorprenderá, a Obélix no le gustaba pelear; era muy pacífico. Y nuestros amigos se burlaban de él y lo tomaban por cabeza de bárbaro. Pero Obélix se limitaba a sonreír con benevolencia, y entonces yo tenía que defenderlo contra los demás.

Creo que a raíz de esto nació nuestra gran amistad, y así, a la hora del recreo, Obélix compartía siempre conmigo su desayuno favorito: jabalí asado.



- "¡Ju, ju! ¡Obélix es una niña,
Obélix es una niña!" -
- "¡Si molestáis a mi compañero, os
las veréis conmigo!" -
- "¿Ah, sí?" -





I + I = II
II + II = IV
III + III = VI

- "Bien, Obélix, ¿quiénes fueron
nuestros antepasados?" -
- "..." -



Si os hablo de recreo es porque íbamos a la escuela. ¡Pues sí! Por aquel entonces ya había escuela, y nuestro maestro era el druida Panorámix. A los druidas encargados de la educación se les llamaba druidas doctos, y nuestro druida era el más docto de todos.

Aunque nosotros hemos cambiado mucho, Panorámix ya tenía el mismo aspecto físico que ahora, con su larga barba blanca y sus bellos bigotes caídos.

Era muy sabio, y yo no he olvidado nunca sus lecciones: nos enseñaba geometría (hallar el volumen de un menhir), aritmética (si un galo se carga a tres romanos, ¿a cuántos romanos se cargarán seis galos?), geografía (los ríos de la Galia), historia (nuestros antepasados), ciencias naturales (el jabalí, su hábitat, su cocción) y, claro está, gramática gala.

Aunque os parezca un poco presumido, debo deciros que yo era muy buen estudiante; de hecho, era el primero de la clase.

También debo deciros que ¡ay!, éste no era el caso de Obélix.

Soñador, distraído, atolondrado, Obélix hacía enfadar muchas veces a nuestro druida. Casi cada día, yo iba después de clase a casa de Obélix para ayudarle a hacer los deberes. Recuerdo que su madre nos preparaba siempre una merienda suculenta, su especialidad: jabalí asado.



- "¿Dos y dos son más, menos, o igual que tres más uno?" -
- "¡ Hombre, eso depende de si se trata de jabalíes o de castigos, Apterix!" -



—“Los galos se preparan...”
“...¡Y los romanos...ya están listos!”—

A veces, los romanos atacaban el pueblo, y entonces era día de fiesta. No había clase, porque el druida estaba ocupado preparando la poción mágica para nuestros padres, que marchaban alegremente al combate siguiendo a nuestro joven jefe Abraracúrcix. Gritaban “¡Por Tutatis!”, “¡Por Belenos!”, y “¡Están locos estos romanos!”, y partían hacia la lucha.

A nosotros no nos gustaba ser pequeños, porque hubiéramos querido ir con nuestros padres a la cantera (la cantera de menhires, donde habitualmente tenían lugar los combates contra los romanos). Claro está que no es correcto querer pelearse todo el santo día, pero eran los romanos quienes nos atacaban, y además, ya lo sabéis, tengo que reconocer que a los galos nos encantan las peleas y la juerga.

En cuanto a la juerga, siempre había una cuando volvían los guerreros. Venían con trofeos, generalmente cascos romanos, se daban palmadas en la espalda y soltaban carcajadas pensando en la cara que ponía el enemigo cuando les veía llegar.

Entonces, para celebrar la victoria, nuestro jefe organizaba un gran banquete, donde se servía en abundancia nuestro plato preferido y tradicional: jabalí asado.

Apreciábamos mucho a los romanos.





- "¡Esto no es justo! ¡Siempre son los mayores los que comen y los que se divierten!" -

Ahora bien, un día que los romanos atacaron (nuestros padres habían salido a combatirles y nuestras madres estaban asando los jabalíes de la victoria), nosotros, los pequeños galos, estábamos en el patio de la escuela, sin que nadie nos vigilara, y no sabíamos qué hacer para distraernos.

— ¿Y si hiciéramos una batalla contra los romanos? — propuso Gomarábix.

Gomarábix era el más fuerte de la clase; un tipo duro que sólo pensaba en peleas y tortazos. Todos estuvieron de acuerdo, menos yo, que le pregunté de dónde sacaríamos a los romanos.

— ¡Obélix hará de romano! — me contestó Gomarábix— Nosotros seremos los galos, ¡y Obélix será el grueso del ejército enemigo!

A mí no me hacía ninguna gracia, pero los demás gritaron “¡Por Tutatis!”, “¡Por Beunos!”, y se echaron encima del pobre Obélix, que los miraba boquiabierto. Claro está que yo lo defendí, y, francamente, aquello sí que fue una batalla campal.

Pero cuando los otros ya tuvieron bastante, el bueno de Obélix, sentado en el suelo, tenía un ojo a la funerata, la nariz como un tomate, y lloriqueaba.

— Esto no puede seguir así — dije a Obélix— . Tienes que aprender a defenderte.

— Sí — me respondió Obélix— . Pero ¿cómo?



- "¡He dicho que no toquéis a mi amigo Obélix!" -
- "¿Ah, sí?" -



Estuve pensando, y al final tuve una idea. Sabía que el druida había ido con los mayores para asistir a la batalla contra los romanos. También sabía que en su cabaña había poción mágica.

— Iremos a la cabaña del druida Panorámix — dije a Obélix—. Y beberás un poco de poción mágica. Sólo la necesaria para que puedas dar una lección a nuestros amigos.

— ¿A la cabaña? — gritó Obélix— ¡Pero si está prohibido! ¡Tengo miedo!

Porque, además, Obélix era un miedoso.

No sólo tenía miedo, como todos nosotros, de que el cielo le cayese sobre la cabeza, sino que tenía miedo de los peligros más insignificantes. De los romanos, por ejemplo. Por fin conseguí convencerlo, y, aunque temblando, Obélix aceptó seguirme.

Si he de ser sincero, yo tampoco estaba demasiado tranquilo, y me sentía un poco como un jabalí en la víspera de una victoria gala.

Pero la aldea estaba casi desierta, y pudimos ir a la cabaña del druida sin que nadie nos viera.



- "¡Date prisa, Obélix!" -
- "¡Pero si yo ya quiero! ¡Fon mis piernas las que no quieren!" -

Tras unos instantes de duda, entramos. (Tuve que tirar a Obélix de la mano. Me decía que, en el fondo, no tenía ganas de dar una lección a sus amigos, porque, al fin y al cabo, tenían todo el derecho a divertirse sanamente.)

La cabaña estaba casi a oscuras; era muy impresionante: había hoces de oro, muérdago, hierbas, marmitas, instrumentos desconocidos...

— ¡Vámonos, vámonos! — me decía el pobre Obélix temblando como un jabalí en gelatina. (Este plato se prepara como la trucha en gelatina, pero en vez de trucha, se pone un jabalí.)

Pero allí, en medio de la cabaña, había una gran marmita, llena hasta arriba de poción mágica. Una enorme marmita de la cual salía un extraño perfume.



- "¡Chist! ¡ No hagas tanto ruido!" -
- "¡ No soy yo, son miª rodillaª!" -

La poción mágica! ¡Allí! ¡En la marmita! — exclamé.
Me sorprendió que, de repente, Obélix dejara de temblar y de poner pegas. Se relamió los labios y me dijo:

— ¡Qué buen olor, por Tutatis! Creo que probaré un poco.

Aprovechando su buena disposición, lo ayudé a subir hasta el borde de la marmita y le dije que tomara un buen trago mientras yo vigilaba en la puerta.

Salgo de la cabaña, y ¿a quién veo llegar?



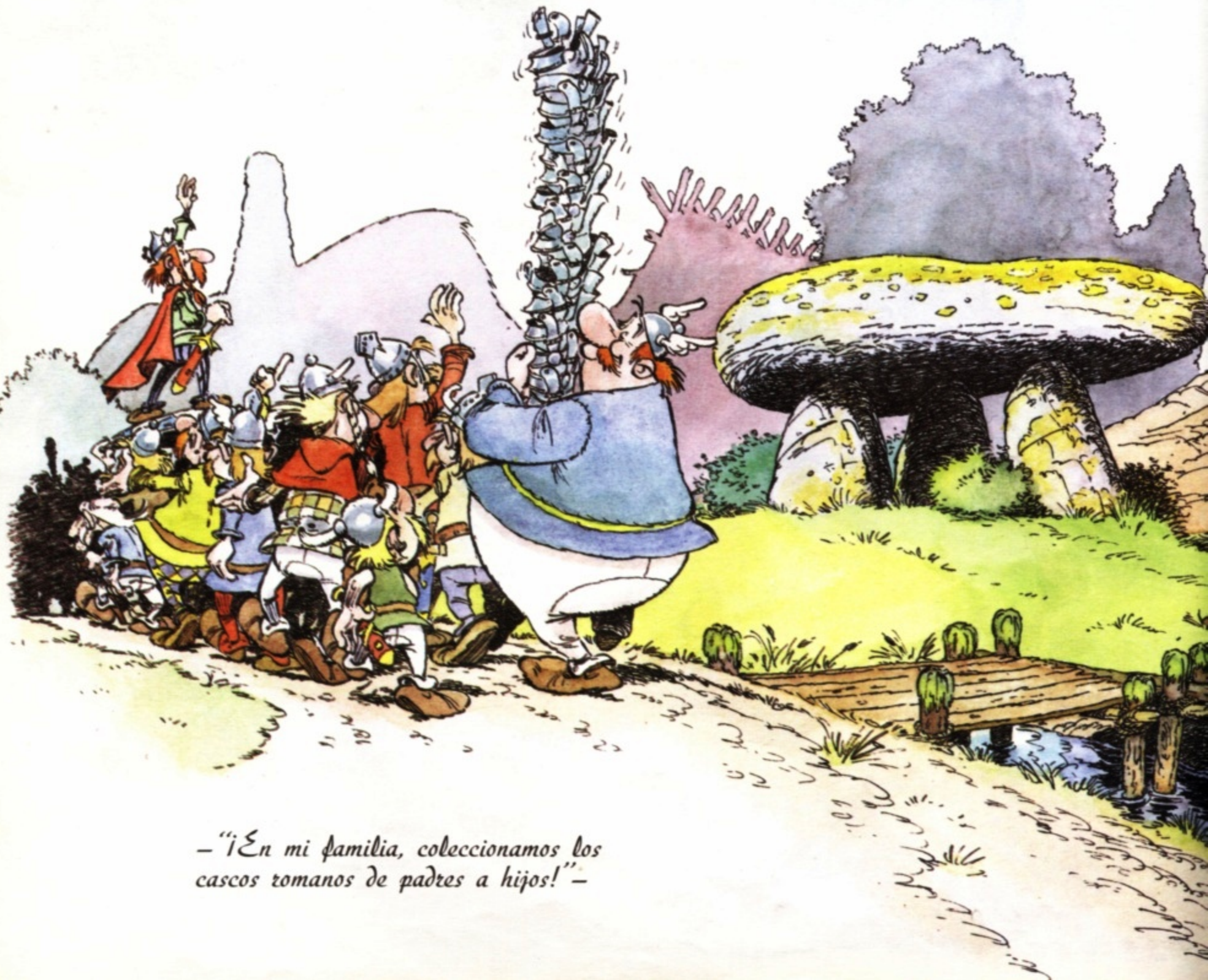
- "¡Venga! ¡Dínoslo, tío Astérix!..." -

- "¡Qué momentos más maravillosos! ¿Verdad?... ¡Astérix!" -

Pues sí! Lo habéis adivinado: ¡a Panorámix, nuestro druida! La batalla había durado menos de lo previsto. (Después me enteré de que los romanos no habían venido a combatir, sino a proponer una tregua. Cuando por fin consiguieron explicarse, ya habían perdido la batalla.)

— ¡Obélix! — dije en voz baja hacia dentro de la cabaña — ¡Escóndete, rápido! ¡Que viene el druida!

Oí un “¡pluf!” en el interior, pero no tuve tiempo de ir a ver, porque el druida ya pasaba ante mí y entraba en la cabaña después de sonreírme. Yo estaba muy preocupado por Obélix.



— “¡En mi familia, coleccionamos los cascos romanos de padres a hijos!” —






Al cabo de unos momentos, oí un grito de sorpresa, y vi al druida salir corriendo de la cabaña con mi amigo Obélix en sus brazos. Mi amigo Obélix, empapado, parecía muy contento.
— ¡Es un gran prodigio! — dijo el druida— He encontrado a este pilluelo en el fondo de la marmita de poción, ¡y de la poción no queda ni una gota!

Obélix, que se frotaba la barriga con aires de satisfacción, no quería entretenerse: estaba ansioso por ir en busca de nuestros amigos para pedirles una pequeña revancha.



— ¡Mi hijito! ¡Con lo frágil y delicado que es! —

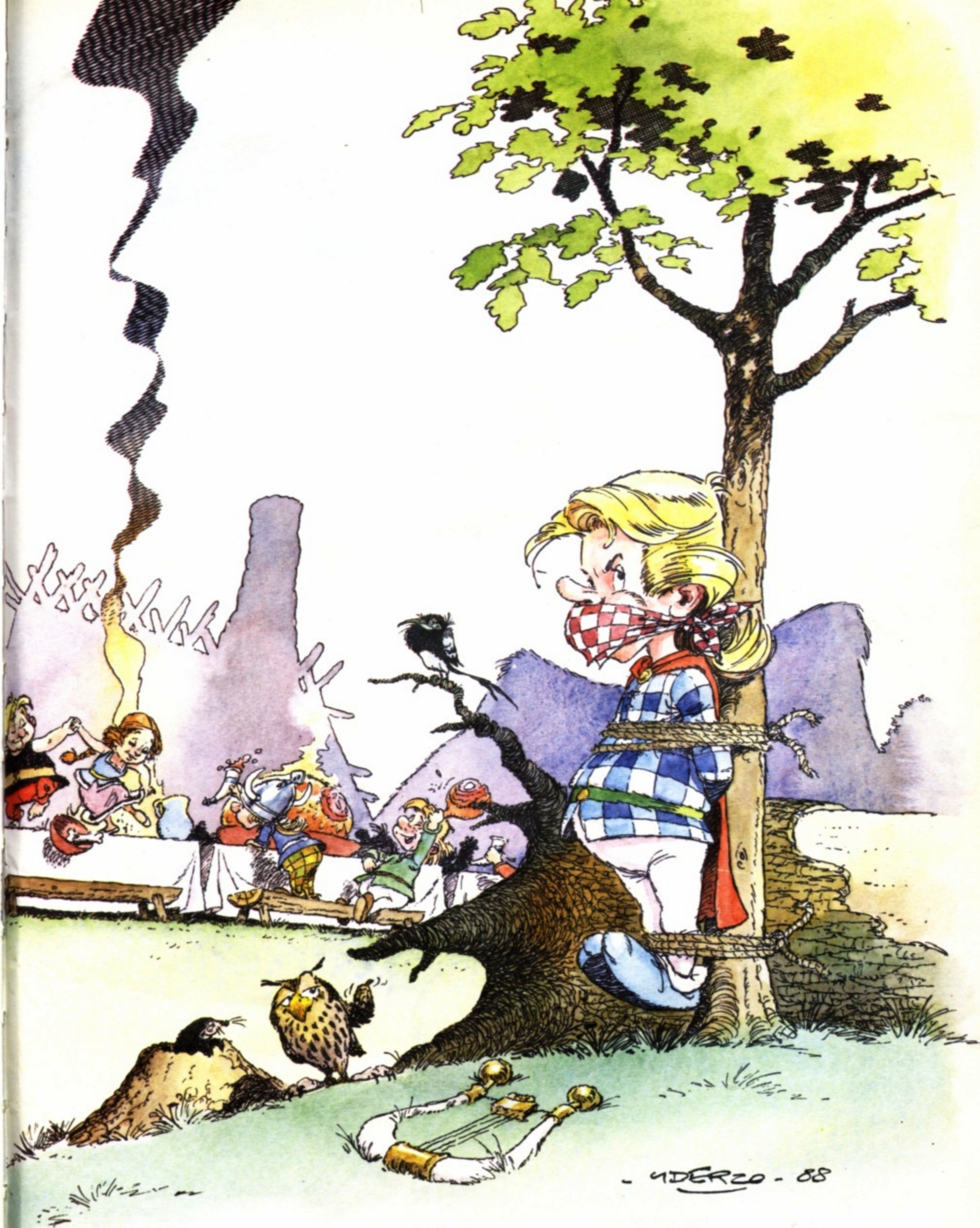


Desde aquel día, nadie volvió a burlarse nunca más de mi buen amigo Obélix. Y ésta es toda la historia. Y ahora os dejo, porque tengo que ir a casa de Obélix, que me ha invitado a cenar. Creo que habrá nuestro plato favorito: ¡jabalí asado!

ASTÉRIX

—“¡Ahora sí que somos un montón bien gordo de amigos! ¿Eh, Obélix?”—

—“¿Quién es el gordo?”—



fina

... y principio

